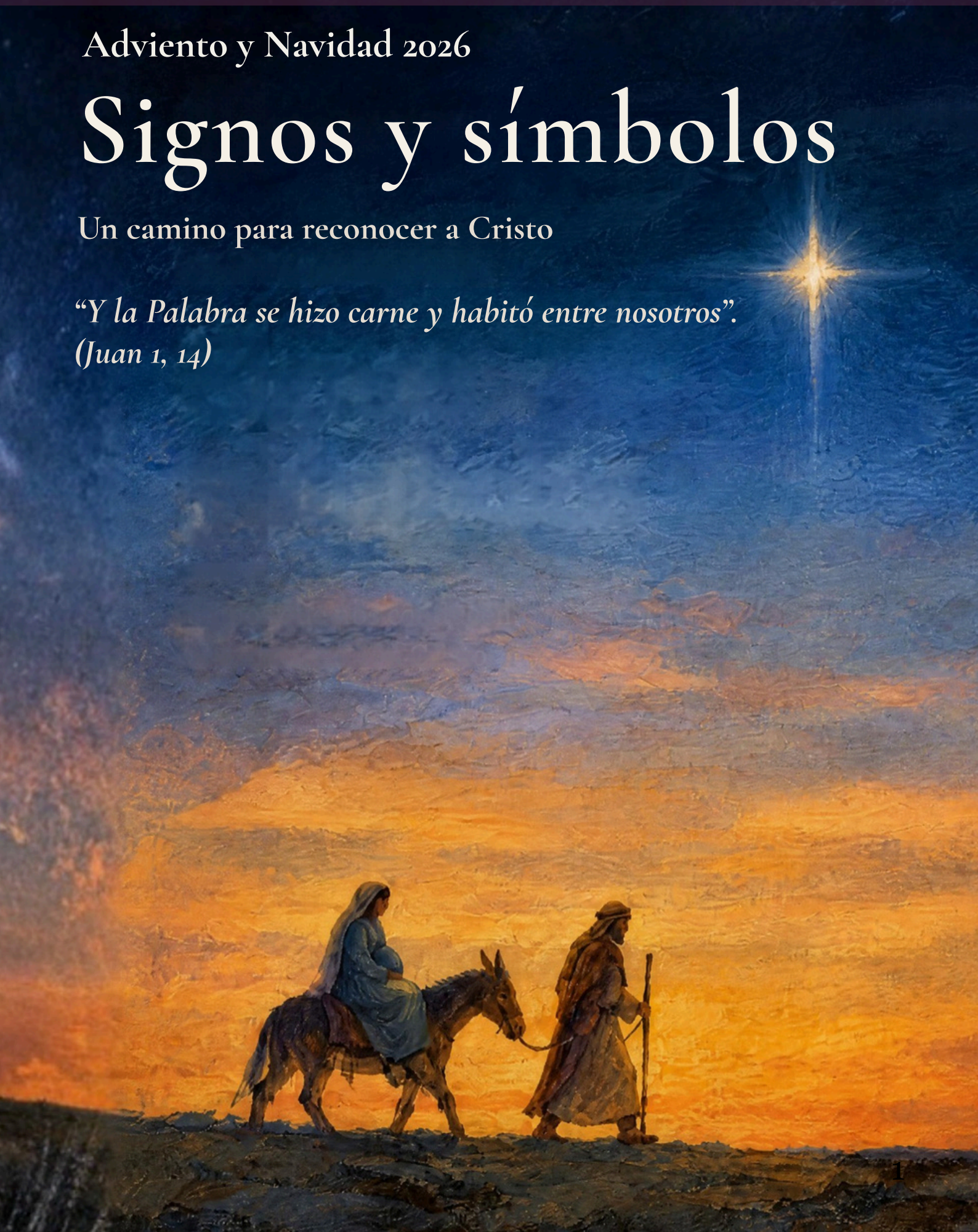
Arzobispado de Santiago
Evangelización

Adviento y Navidad 2026

Signos y símbolos

Un camino para reconocer a Cristo

"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros".
(Juan 1, 14)



ÍNDICE

Introducción 3

1 Los signos y símbolos en la vida de la Iglesia 4

2 Signos y símbolos del Adviento: 5

- El camino: preparar el corazón para el Señor
- Una corona: la esperanza que crece
- Oremos en familia en torno a la corona de Adviento
- Una luz: Dios no abandona nuestra noche
- Un color: el morado y la alegría que se aproxima
- Un renuevo: la vida que vuelve a brotar
- La Palabra y el Silencio: escuchar al Dios que viene
- Cuatro rostros que nos acompañan: Isaías, Juan el Bautista, Virgen María, San José

3 Signos y símbolos de la Navidad: 30

- El pesebre: la grandeza de lo pequeño
- El niño Jesús: Dios comparte nuestra humanidad
- La Luz de Navidad: Cristo ha venido
- Los pastores: reconocer a Dios en lo cotidiano
- Los ángeles: una alegría que anuncia la paz
- La Sagrada Familia: Dios habita la vida de cada día

4 Signos y símbolos de la Epifanía: 44

- La estrella: una luz que orienta
- Los magos: buscar, encontrar y adorar
- Oro, incienso y mirra: reconocer al Salvador
- El bautismo del Señor: el Hijo Amado

INTRODUCCIÓN

Con el inicio de cada año litúrgico, la Iglesia nos invita a recorrer un camino de esperanza y preparación que comienza con el Adviento y nos conduce a la alegría de la Navidad, en la que celebramos el misterio del nacimiento de nuestro Salvador. Es una oportunidad para renovar nuestra fe, abrir el corazón y reconocer al Dios que viene a nuestro encuentro.

Durante el Adviento recordamos que Cristo vino en la humildad de Belén, permanece entre nosotros y vendrá nuevamente en gloria. Esta certeza nos anima a vivir con esperanza, atentos a su Palabra y dispuestos a acogerlo en nuestra vida cotidiana.

En Navidad contemplamos el misterio de la Encarnación: el Hijo de Dios se hace hombre, comparte nuestra humanidad y nos revela la profundidad de su amor.

Los signos y símbolos que acompañan estos tiempos nos ayudan a contemplar los misterios que celebramos. La luz, la corona, el camino, el pesebre y la estrella, entre otros, no son simples adornos: pueden orientar nuestra mirada y disponer nuestro corazón para el encuentro con Cristo.

En los apartados dedicados a los signos y figuras del Adviento y la Navidad, proponemos dos momentos de reflexión: «A la luz de la Palabra», que nos invita a profundizar en su significado desde la Sagrada Escritura, y «En nuestra vida», que ofrece una breve reflexión y una pregunta para relacionar lo contemplado con nuestra experiencia personal y comunitaria.

Con este material, el Área de Liturgia y Espiritualidad de la Delegación para la Evangelización del Arzobispado de Santiago desea acompañar a las comunidades y equipos de liturgia, ofreciendo una ayuda sencilla para vivir y celebrar con mayor profundidad el Adviento y la Navidad.

Que María nos enseñe a esperar con confianza y a recibir con alegría al Señor que viene.

1

LOS SIGNOS Y SÍMBOLOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Cuando Dios nos habla a través de los signos



Nuestra fe tiene un lenguaje profundamente humano: escuchamos la Palabra, compartimos el pan, encendemos luces y expresamos nuestra fe mediante gestos concretos. A través de estas realidades visibles, Dios nos invita a abrirnos a su misterio.

En la liturgia, los signos y gestos no son simples adornos. Forman parte de la celebración en la que Cristo se hace presente y actúa en su Iglesia. Por eso, debemos conocer, valorar y respetar los signos propios de la liturgia (cf. Sacrosanctum Concilium, 7 y 33).

Junto a ellos, la tradición cristiana conserva símbolos como la corona de Adviento, el pesebre y la estrella de Belén, que nos ayudan a contemplar el misterio de Cristo y enriquecen nuestra oración, sin sustituir los signos propios de la celebración litúrgica.

Durante el Adviento y la Navidad, estamos invitados a descubrir cómo estos signos nos conducen al encuentro con Cristo, para que aquello que celebramos transforme nuestra vida cotidiana.

El camino: preparar el corazón para el Señor



El Adviento nos invita a iniciar un camino de esperanza. Es un tiempo para despertar el corazón, renovar nuestra confianza en Dios y disponernos a acoger al Señor que viene a nuestro encuentro. Este camino comienza con un nuevo año litúrgico, durante el cual la Iglesia recorre y celebra los misterios de la vida de Cristo.

En 2026, el Adviento comienza con las primeras vísperas del sábado 28 de noviembre, antes del primer domingo de Adviento, que se celebra el 29 de noviembre. Así, iniciamos un recorrido de cuatro semanas en el que somos invitados a preparar nuestro corazón para la venida del Señor.

A lo largo de este camino, la Iglesia nos recuerda que Cristo vino en la humildad de Belén, permanece entre nosotros y vendrá nuevamente en gloria. Hasta el 16 de diciembre, la liturgia destaca especialmente la espera de su venida definitiva; desde el 17, orienta más directamente nuestra mirada hacia la celebración de su nacimiento.

El camino del Adviento no consiste solamente en avanzar hacia la Navidad. Es también un recorrido interior que nos invita a renovar nuestra fe, permanecer vigilantes y reconocer la presencia de Dios en nuestra vida cotidiana. Cada paso puede convertirse en una oportunidad para escuchar su Palabra, abrirnos a su amor y preparar el corazón para recibirlo.

A LA LUZ DE LA PALABRA

“Preparen en el desierto el camino del Señor, tracen en la estepa un sendero para nuestro Dios”
(Is 40,3).



En la Sagrada Escritura, el camino es una imagen que expresa la relación entre Dios y su pueblo. A lo largo de la historia de la salvación, Dios llama, acompaña y guía a quienes confían en su Palabra, incluso en medio de las dificultades y la incertidumbre.

La invitación a preparar el camino del Señor nace de una promesa de consuelo y esperanza. Dios no abandona a su pueblo, sino que sale a su encuentro y le anuncia un nuevo comienzo (cf. Is 40,1-5).

Durante el Adviento, esta imagen nos recuerda que la venida del Señor requiere también una disposición interior. Preparar su camino significa abrir el corazón a su Palabra, reconocer aquello que nos aleja de Él y estar dispuestos a cambiar.

El camino nos habla, por tanto, de una esperanza que no permanece inmóvil. Es la confianza de quienes saben que Dios cumple sus promesas y, sostenidos por esa certeza, se ponen en marcha para acogerlo.

EN NUESTRA VIDA

Nuestra vida es un camino en el que experimentamos alegrías, dificultades, encuentros y momentos de incertidumbre. A veces avanzamos con confianza; otras, necesitamos detenernos, recuperar las fuerzas y volver a descubrir aquello que da sentido a nuestros pasos.

El Adviento nos invita a recorrer este camino con la certeza de que Dios nos acompaña. Preparar su venida significa hacerle espacio en nuestra vida cotidiana, reconocer aquello que necesitamos transformar y abrirnos a nuevas oportunidades de encuentro, reconciliación y servicio a los demás.

En este tiempo, también estamos invitados a reconocer nuestras esperanzas y preocupaciones, presentarlas al Señor con confianza y dejarnos sostener por su Palabra. Así, cada paso que damos puede convertirse en una oportunidad para crecer en la fe y compartir la esperanza con quienes nos rodean.

¿Qué esperanzas y preocupaciones queremos poner en las manos del Señor durante este Adviento?



Una corona: la esperanza que crece

La corona de Adviento tiene sus raíces en antiguas costumbres del norte de Europa y se difundió progresivamente entre las comunidades cristianas, especialmente desde Alemania. Aunque no es un elemento necesario para la celebración de la Misa, su presencia puede ayudarnos a vivir con mayor profundidad este tiempo de preparación y espera.

Su forma circular, sin principio ni fin, nos recuerda el amor fiel de Dios. Las cuatro velas, que se encienden progresivamente durante los domingos de Adviento, hacen visible el camino de nuestra espera. A través de su belleza y sencillez, la corona atrae nuestra mirada y nos invita a abrir el corazón al Señor que viene.



«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz» (Is 9,1).

El profeta Isaías dirige estas palabras a un pueblo marcado por la oscuridad y la angustia, anunciándole que Dios no lo ha abandonado y que su salvación traerá una nueva esperanza.

Los cristianos reconocemos en Jesucristo el cumplimiento de esta promesa. Él es la luz que viene a iluminar nuestra historia y a abrir un camino de salvación. Al encender progresivamente las velas de la corona, recordamos que nuestra espera está sostenida por la fidelidad de Dios, incluso cuando todavía experimentamos dificultades e incertidumbres.



EN NUESTRA VIDA

Encender las velas de la corona puede convertirse en un momento de oración personal, familiar o comunitaria. Cada nueva luz nos invita a renovar la confianza en Dios y a preparar nuestro corazón para recibir a Cristo.

¿Qué podemos hacer durante este Adviento para mantener viva nuestra esperanza y compartirla con quienes nos rodean?

OREMOS EN FAMILIA EN TORNO A LA CORONA DE ADVIENTO

La Corona de Adviento nos acompaña en el camino de preparación a la Navidad, invitándonos a renovar la esperanza, fortalecer nuestros vínculos y abrir el corazón a Jesús, que viene a nuestro encuentro. Más que un signo, es una oportunidad para detenernos y reunirnos en familia en torno a la Palabra de Dios. Cada domingo, al encender una nueva vela, su luz creciente nos recuerda que Cristo viene a iluminar nuestra vida y nos anima a reconocer su presencia en lo cotidiano. Los invitamos a recorrer juntos estas cuatro semanas, compartiendo la fe, el amor y la alegría de esperar al Señor.

¿Cómo rezar en familia?

"Preparen en el desierto el camino del Señor, tracen en la estepa un sendero para nuestro Dios" (Isaías 40,3).

Busquemos un momento tranquilo para reunirnos en torno a la Corona de Adviento. Comenzamos haciendo la señal de la cruz y escuchamos juntos la Palabra de Dios. Después de reflexionar y compartir, encendemos las velas correspondientes a cada domingo y presentamos al Señor nuestras intenciones. Finalmente, rezamos juntos la oración propuesta.

Lo importante no es realizar muchos gestos, sino regalarnos un momento para encontrarnos, escucharnos y abrir nuestro corazón al Señor.



PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO
29 DE NOVIEMBRE

Permanecer despiertos en la esperanza

Escuchemos la voz del Señor

«Tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento» (Mc 13,33).

Si lo desean, pueden leer juntos el Evangelio completo (Mc 13,33-37).

Para reflexionar

Comenzamos el Adviento con una invitación de Jesús a permanecer despiertos y atentos. No se trata simplemente de esperar que llegue la Navidad, sino de aprender a reconocer su presencia en nuestra vida. Él viene a nuestro encuentro en los pequeños gestos de amor, en quienes necesitan nuestra ayuda y en cada oportunidad que tenemos para hacer el bien.

Para compartir en familia

¿Cómo podemos estar más atentos a la presencia de Jesús en nuestra vida cotidiana y demostrar su amor a quienes nos rodean?
Encendemos la primera vela morada.



Presentemos nuestras intenciones

En este tiempo de Adviento, presentemos al Señor, con fe y esperanza, nuestras alegrías, preocupaciones y necesidades. Pidámosle que nos ayude a permanecer atentos a su presencia y a preparar nuestro corazón para recibirlo.

Dejamos un momento para que cada integrante de la familia pueda expresar libremente sus intenciones.

Oremos

Señor Jesús, al encender esta primera vela, queremos abrir nuestro corazón a tu venida. Despierta en nosotros la esperanza y ayúdanos a reconocer tu presencia en las personas y acontecimientos de cada día. Que tu luz nos enseñe a vivir atentos a las necesidades de los demás. Amén.

Concluimos rezando juntos el Padrenuestro y haciendo la señal de la cruz.



SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO
6 DE DICIEMBRE

Preparar el camino del Señor

Escuchemos la voz del Señor

«Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos» (Mc 1,3).

Si lo desean, pueden leer juntos el Evangelio completo (Mc 1, 1-8).

Para reflexionar

Juan el Bautista nos invita a preparar el camino para recibir al Señor. También en nuestra vida hay caminos que necesitan ser renovados: relaciones que debemos cuidar, palabras que necesitan convertirse en gestos de cariño y situaciones que nos llaman al perdón. Preparar el camino de Jesús significa dejar que su amor transforme nuestro corazón y nuestra manera de relacionarnos con los demás.

Para compartir en familia

¿Qué podemos cambiar en nuestra manera de relacionarnos para preparar juntos el camino del Señor?

Encendemos las dos primeras velas moradas.



Presentemos nuestras intenciones

Con el deseo de preparar el camino del Señor, pongamos en sus manos nuestras intenciones. Pidámosle que transforme nuestro corazón y nos ayude a crecer en el perdón, la comprensión y el amor, especialmente en nuestra familia.

Dejamos un momento para que cada integrante de la familia pueda expresar libremente sus intenciones.

Oremos

Señor Jesús, queremos preparar el camino para recibirte. Ayúdanos a reconocer aquello que necesitamos cambiar y danos un corazón sencillo, capaz de perdonar, escuchar y acoger. Que nuestra familia sea un lugar donde tu amor se haga presente. Amén.

Concluimos rezando juntos el Padrenuestro y haciendo la señal de la cruz.



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO
13 DE DICIEMBRE

Ser testigos de la luz

Escuchemos la voz del Señor
«Él vino como testigo, para dar testimonio de la luz» (Jn 1,7).

Si lo desean, pueden leer juntos el Evangelio completo (Jn 1, 6-8. 19-28).

Para reflexionar
En este tercer domingo de Adviento, llamado domingo de Gaudete, la Iglesia nos invita a vivir la alegría porque el Señor está cerca. Juan el Bautista nos recuerda que nuestra misión es dar testimonio de la luz de Cristo. También nosotros podemos reflejar esa luz cuando acompañamos a quien está triste, compartimos con generosidad o llevamos esperanza a quienes atraviesan momentos difíciles.

Para compartir en familia
¿Cómo podemos compartir la alegría y la luz de Jesús con quienes más necesitan esperanza?
Encendemos las dos velas moradas anteriores y la tercera, de color rosado.



Presentemos nuestras intenciones

Con la alegría de saber que el Señor está cerca, presentemos nuestras intenciones y demos gracias por los regalos que recibimos cada día. Recordemos especialmente a quienes viven momentos de tristeza, soledad o dificultad, para que también ellos encuentren consuelo y esperanza.

Dejamos un momento para que cada integrante de la familia pueda expresar libremente sus intenciones.

Oremos

Señor Jesús, tú eres la luz que ilumina nuestra vida. Llena nuestro hogar de tu alegría y enséñanos a compartirla con quienes nos rodean. Que nuestros gestos y palabras sean reflejo de tu amor, especialmente para quienes necesitan consuelo y esperanza. Amén.

Concluimos rezando juntos el Padrenuestro y haciendo la señal de la cruz.



CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO
20 DE DICIEMBRE

Con María, abrimos el corazón al Señor

Escuchemos la voz del Señor

«Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1, 38).

Si lo desean, pueden leer juntos el Evangelio completo (Lc 1, 26-38).

Para reflexionar

Ya estamos cerca de la Navidad. Hoy contemplamos a María, que recibe con fe y confianza el anuncio del ángel. Aunque no comprende todo lo que sucederá, se pone en las manos de Dios y acoge su voluntad. Ella nos enseña que recibir a Jesús significa confiar, abrirle espacio en nuestra vida y estar disponibles para amar y servir.

Para compartir en familia

Siguiendo el ejemplo de la Virgen María, ¿cómo podemos abrir nuestro corazón a Jesús y acogerlo en esta Navidad?

Encendemos las cuatro velas de la Corona de Adviento.



Presentemos nuestras intenciones

Cercanos ya a la Navidad, presentemos al Señor nuestras intenciones con la misma fe y confianza de María. Pongamos en sus manos a nuestra familia y a quienes más necesitan su amor, pidiéndole que nos ayude a acogerlo con un corazón abierto y generoso.

Dejamos un momento para que cada integrante de la familia pueda expresar libremente sus intenciones.

Oremos
Señor Jesús, al encender esta última vela, queremos prepararnos para celebrar tu nacimiento. Como tu Madre, ayúdanos a recibirte con fe y confianza. Bendice a nuestra familia, fortalece nuestros vínculos y enséñanos a descubrirte en quienes más necesitan nuestra cercanía y amor. Amén.

Concluimos rezando juntos el Padrenuestro y haciendo la señal de la cruz.



Una luz: Dios no abandona nuestra noche



En la Sagrada Escritura, la luz es una imagen de la salvación, de la vida y de la presencia de Dios. Desde el relato de la creación, cuando Dios hace surgir la luz en medio de las tinieblas (cf. Gn 1,3), esta aparece como un signo de su acción creadora y de su poder para dar vida.

El profeta Isaías anuncia que el pueblo que caminaba en las tinieblas verá una gran luz (cf. Is 9,1). Esta promesa expresa la esperanza de quienes, aun en medio del sufrimiento y la incertidumbre, confían en que Dios permanece fiel y no abandona a su pueblo.

Durante el Adviento, la luz nos recuerda que la oscuridad no tiene la última palabra. Aunque experimentemos momentos de temor, tristeza o dificultad, Dios continúa acompañándonos y nos invita a mantener viva la esperanza. Cada luz que encendemos puede ayudarnos a recordar que esperamos a Cristo, la luz verdadera que viene a iluminar al mundo (cf. Jn 1,9).

A LA LUZ DE LA PALABRA

«La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron»
(Jn 1,5)

El evangelista san Juan presenta a Jesucristo como la luz que viene al mundo. En él se cumple la esperanza anunciada por los profetas: Dios no permanece distante ante el sufrimiento humano, sino que se acerca para ofrecernos su Salvación.

Las tinieblas de las que habla san Juan nos recuerdan aquellas realidades que se oponen a la vida y al amor de Dios. Sin embargo, el Evangelio proclama que la oscuridad no tiene la última palabra: la luz de Cristo permanece y no puede ser vencida.

Esta certeza sostiene nuestra esperanza durante el Adviento. Aunque no siempre encontremos respuestas inmediatas a nuestras dificultades, podemos confiar en que Dios camina con nosotros y nos ofrece su luz para seguir adelante.



EN NUESTRA VIDA

Todos atravesamos momentos de oscuridad, incertidumbre o dolor. En esas experiencias, la luz de Cristo nos invita a confiar en su presencia y a no perder la esperanza. También nos llama a ser reflejo de su amor mediante gestos sencillos de cercanía, escucha y consuelo.

¿Cómo podemos reconocer la luz de Cristo en nuestras propias dificultades y ayudar a otros a descubrirla?

Un color: el morado y la alegría que se aproxima

El morado es el color litúrgico propio del Adviento. Expresa la preparación, la vigilancia y la conversión, invitándonos a disponer el corazón para recibir al Señor.

En el tercer domingo de Adviento, llamado Gaudete («Alégrense»), puede utilizarse el color rosado en las vestiduras litúrgicas. Este color expresa la alegría que acompaña nuestra espera y nos recuerda que la venida del Señor está cerca.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Estén siempre alegres en el Señor» (Flp 4,4).

San Pablo dirige estas palabras a una comunidad cristiana que también experimentaba dificultades. Su invitación no se refiere a una alegría pasajera, dependiente de que todo marche bien, sino a una alegría profunda que nace de la comunión con Cristo y de la confianza en su presencia.

El apóstol añade: «El Señor está cerca» (Flp 4,5). Precisamente de esta exhortación procede el nombre *Gaudete*, con el que conocemos el tercer domingo de Adviento. La liturgia nos invita así a vivir la espera con gozo, porque la cercanía del Señor es motivo de esperanza.

La alegría cristiana no se opone a la conversión. Por el contrario, reconocer nuestras fragilidades y abrirnos a la acción de Dios nos permite descubrir que su misericordia siempre nos ofrece la posibilidad de comenzar nuevamente.

EN NUESTRA VIDA

El Adviento nos invita a preparar el corazón sin perder la alegría. Podemos reconocer aquello que necesita cambiar en nosotros y, al mismo tiempo, agradecer los signos de la presencia de Dios en nuestra vida. Una palabra de aliento, un gesto de reconciliación o una atención especial hacia quien sufre pueden convertirse en expresiones de esa alegría.

¿Cómo podemos vivir y compartir la alegría del Señor, incluso en medio de las dificultades que atravesamos?

Un renuevo: la vida que vuelve a brotar



Un pequeño brote que nace de un tronco aparentemente seco es una imagen de esperanza. Allí donde parece que la vida se ha agotado, algo nuevo comienza a crecer. Durante el Adviento, este signo nos recuerda que Dios permanece fiel a sus promesas y puede abrir caminos de vida incluso en medio de las dificultades.

A LA LUZ DE LA PALABRA

«Saldrá un brote del tronco de Jesé» (Is 11,1).

El profeta Isaías presenta la imagen de un árbol cortado, de cuyo tronco surge inesperadamente un brote. Jesé era el padre del rey David, y esta imagen evoca una dinastía cuya grandeza parecía debilitada. Sin embargo, Dios anuncia que de esa misma raíz surgirá un nuevo rey, sobre quien reposará su Espíritu y que gobernará con justicia, especialmente en favor de los pobres y desamparados (cf. Is 11,2-4).

Los cristianos reconocemos en Jesucristo el cumplimiento de esta promesa. Él es el descendiente de David en quien se manifiesta la fidelidad de Dios. Su venida anuncia una esperanza que no se apoya en el poder humano, sino en la justicia, la paz y el amor que vienen del Señor.

La imagen del renuevo nos recuerda que Dios continúa actuando en la historia, incluso cuando sus caminos no son evidentes para nosotros. Su promesa nos anima a confiar en que siempre es posible comenzar de nuevo.

EN NUESTRA VIDA

A veces experimentamos situaciones que parecen no tener salida: relaciones heridas, proyectos que no prosperan o dificultades que debilitan nuestra esperanza. El renuevo nos invita a reconocer los pequeños signos de vida que Dios hace surgir y a cuidarlos con paciencia y confianza.

¿Qué pequeños brotes de esperanza podemos reconocer y ayudar a crecer en nuestra vida, familia o comunidad durante este Adviento?



La Palabra y el silencio: escuchar al Dios que viene

En la liturgia, Dios nos habla a través de su Palabra, y el silencio nos ayuda a acogerla con atención y profundidad. En medio de tantas voces, actividades y preocupaciones, el Adviento nos invita a detenernos, escuchar y disponer el corazón para reconocer la presencia del Señor.

El silencio no es simplemente dejar de hablar. Es una actitud de apertura que nos permite escuchar con mayor profundidad la Palabra de Dios y descubrir cómo ilumina nuestra vida.

En ese encuentro silencioso, dejamos espacio para que su Palabra transforme nuestro corazón y oriente nuestros pasos.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19).

San Lucas nos presenta a María contemplando los acontecimientos que rodean el nacimiento de Jesús. Ante lo que ha visto y escuchado, ella guarda estas experiencias en su corazón y busca comprender su significado desde la fe.

Esta actitud de María ilumina también nuestro camino de Adviento. Ella acogió la Palabra de Dios con confianza y permaneció abierta a su voluntad, incluso sin conocer plenamente todo lo que vendría.

Su ejemplo nos recuerda que escuchar la Palabra no consiste solamente en oírla, sino también en meditarla, dejar que cuestione nuestras decisiones y permitir que transforme nuestra manera de vivir.

El silencio, entonces, no es un vacío, sino un espacio de encuentro con Dios, donde su Palabra puede echar raíces y dar fruto.

EN NUESTRA VIDA

En medio de las ocupaciones cotidianas, podemos reservar algunos momentos para escuchar la Palabra de Dios, meditarla y orar en silencio. También en nuestras celebraciones litúrgicas, los momentos de silencio nos ayudan a acoger lo que hemos escuchado y a responder interiormente al Señor.

¿Qué espacios de silencio y escucha podemos recuperar durante este Adviento para reconocer mejor la voz de Dios en nuestra vida?

Cuatro rostros que nos acompañan



Durante el Adviento, la liturgia nos invita a contemplar especialmente a Isaías, Juan el Bautista, María y José.

Sus vidas y testimonios nos ayudan a comprender que esperar al Señor no significa permanecer inmóviles, sino preparar el corazón y responder con fe a su presencia.

Isaías: anunciar la esperanza
«Consuelen, consuelen a mi pueblo» (Is 40,1).

En medio del sufrimiento del destierro, el profeta anuncia que Dios no ha olvidado a su pueblo. Su palabra abre un horizonte de esperanza y nos recuerda que también nosotros estamos llamados a transmitir consuelo y confianza, especialmente a quienes atraviesan momentos difíciles.

Juan el Bautista: preparar el camino
«El que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene» (Lc 3,11).

Juan anuncia la cercanía del Señor e invita a una conversión que se exprese en la vida cotidiana. Su predicación nos recuerda que preparar el camino de Cristo implica compartir lo que tenemos, actuar con justicia y reconocer las necesidades de los demás.

María: acoger con confianza
«Yo soy la servidora del Señor; que se cumpla en mí lo que has dicho» (Lc 1,38).

Ante el anuncio del ángel, María responde con una fe libre y confiada, aunque no conoce todo lo que vendrá. Su disponibilidad nos enseña a escuchar la Palabra de Dios y a dejar que transforme nuestros proyectos, abriéndonos a caminos que quizás no habíamos imaginado.

José: escuchar y cuidar
«José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado» (Mt 1,24).

José escucha el mensaje de Dios y responde con decisión, acogiendo a María y asumiendo la responsabilidad de cuidar a Jesús. Su testimonio nos recuerda que la fe no se expresa solamente en palabras, sino también en decisiones concretas, en la fidelidad y en el cuidado de quienes nos han sido confiados.

EN NUESTRA VIDA

Estos cuatro rostros nos muestran distintas maneras de preparar la venida del Señor: Isaías nos anima a ofrecer consuelo; Juan, a vivir una conversión concreta; María, a confiar en la Palabra de Dios; y José, a expresar nuestra fe mediante el cuidado y el servicio.

¿Cuál de estas actitudes necesitamos cultivar especialmente durante este Adviento para acoger al Señor y hacer presente su amor entre quienes nos rodean?





Dios se hace cercano

En Navidad no celebramos solamente el recuerdo del nacimiento de Jesús, sino el misterio de la Encarnación: el Hijo eterno de Dios se hizo verdaderamente hombre para compartir nuestra condición humana y abrirnos el camino de la salvación. En la fragilidad de un niño, contemplamos la grandeza de un amor que se manifiesta en la humildad y se entrega por nosotros.

A LA LUZ DE LA PALABRA

«Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

San Juan nos anuncia el corazón del misterio de la Navidad: Dios no permanece distante de nuestra historia, sino que entra en ella y asume plenamente nuestra humanidad. En Jesucristo, el Hijo de Dios comparte nuestra vida, con sus alegrías, sufrimientos y esperanzas, sin dejar de ser Dios.

San Mateo lo presenta como *Emmanuel*, que significa «Dios con nosotros» (Mt 1,23). Este nombre expresa el cumplimiento de la promesa de salvación: Dios viene a habitar entre su pueblo y a ofrecerle una vida nueva.

La Navidad nos invita así a contemplar un amor que no se impone mediante la fuerza o el poder, sino que se revela en la sencillez de Belén. En Jesús, Dios se hace cercano para que podamos reconocer su presencia y acoger su amor.

EN NUESTRA VIDA

Celebrar la Navidad nos invita a reconocer y acoger la presencia de Cristo en nuestra vida cotidiana, especialmente en quienes necesitan cercanía, acogida y consuelo. El Dios que asumió nuestra humanidad nos enseña a mirar a cada persona con dignidad y a expresar nuestra fe mediante gestos concretos de ternura, solidaridad y servicio.

¿Cómo podemos hacer espacio a Cristo en nuestra vida y manifestar su amor a quienes más necesitan sentirse acompañados y acogidos?

El pesebre: la grandeza de lo pequeño



El pesebre, como representación del nacimiento de Jesús, es una expresión de piedad popular especialmente difundida gracias a san Francisco de Asís, quien recreó la escena de Belén en Greccio, en 1223.

Esta tradición nos invita a detener la mirada en la sencillez del lugar donde nació el Salvador y a descubrir la grandeza de Dios en aquello que parece pequeño.

Al contemplar el pesebre, reconocemos a un Dios que no llega rodeado de riquezas ni de poder, sino que elige compartir nuestra fragilidad y nuestra vida cotidiana. En la humildad de Belén descubrimos que su amor se manifiesta en la cercanía, la sencillez y la entrega.

A LA LUZ DE LA PALABRA

«Lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos» (cf. Lc 2,7).

San Lucas relata que María, después de dar a luz a Jesús, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre. Este detalle adquiere especial importancia cuando el ángel anuncia a los pastores el nacimiento del Salvador y les señala cómo reconocerlo: encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre (cf. Lc 2,12).

Aquello que parecía una circunstancia humilde se convierte en la señal que permite reconocer al Mesías. El Salvador no llega rodeado de riquezas ni de prestigio, sino en la sencillez de un niño que necesita ser acogido y cuidado.

Al representar esta escena en nuestros hogares y comunidades, el pesebre nos invita a contemplar el modo sorprendente en que Dios se manifiesta y a reconocer su presencia allí donde muchas veces no dirigimos nuestra mirada.

EN NUESTRA VIDA

Ante tantas exigencias y apariencias, el pesebre nos invita a valorar lo esencial y a vivir con mayor sencillez. También nos anima a construir hogares y comunidades acogedoras, donde cada persona encuentre un lugar y nadie se sienta excluido.

¿Qué podemos cambiar en nuestra manera de vivir para dar más espacio a lo esencial y acoger a quienes nos rodean?

El Niño Jesús: Dios comparte nuestra humanidad

Contemplar al Niño Jesús es reconocer que el Hijo de Dios asumió verdaderamente nuestra condición humana. Su nacimiento nos revela que la fragilidad no es ajena al amor de Dios: él quiso compartir nuestra vida desde sus comienzos, experimentando la necesidad de ser cuidado y acompañado.

En este Niño contemplamos la profundidad del amor de Dios, que se acerca a nosotros sin imponerse, haciéndose pequeño y vulnerable. Su presencia nos recuerda que toda vida humana posee una dignidad inmensa y que, en los gestos más sencillos de ternura, cuidado y acogida, también podemos reconocer y expresar el amor de Dios.



«La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

San Juan proclama que el Hijo eterno de Dios se hizo verdaderamente hombre. Jesús no asumió nuestra humanidad solo en apariencia: nació, creció y compartió las experiencias propias de nuestra condición humana, sin dejar de ser Dios.

San Pablo profundiza en este misterio al recordar que Cristo, siendo de condición divina, tomó la condición de servidor y se humilló a sí mismo (cf. Flp 2,6-8). Este abajamiento no significa que haya dejado de ser Dios, sino que revela la profundidad de su amor y su entrega por nuestra salvación.

En el Niño de Belén contemplamos, por tanto, no solo la ternura de un recién nacido, sino el misterio del Hijo de Dios que ha querido compartir nuestra humanidad. Su nacimiento nos invita a reconocer el valor de toda vida humana, especialmente cuando se encuentra en situaciones de mayor fragilidad.

EN NUESTRA VIDA

Contemplar al Niño Jesús nos invita a mirar con especial respeto y ternura a quienes necesitan del cuidado de otros: niños, personas mayores, enfermos y quienes atraviesan situaciones de vulnerabilidad.

La fragilidad no disminuye la dignidad de una persona. Por el contrario, nos llama a responder con cercanía, responsabilidad y amor.

¿Cómo podemos expresar, mediante nuestro cuidado y nuestras actitudes, el valor y la dignidad de quienes viven situaciones de mayor fragilidad?

La Luz de Navidad: Cristo ha venido.

Durante el Adviento contemplamos la luz como promesa y motivo de esperanza. En Navidad celebramos que esa luz se ha manifestado en Jesucristo, quien ha venido al mundo para ofrecernos la salvación.

Las luces que adornan nuestros hogares y comunidades pueden ayudarnos a recordar este misterio, siempre que nos conduzcan más allá de su belleza exterior y nos inviten a reconocer a Cristo como la verdadera luz.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«La luz verdadera que ilumina a todo hombre venía a este mundo» (Jn 1,9).

En el prólogo de su Evangelio, san Juan presenta a Jesucristo como la luz verdadera que viene al mundo. Esta imagen expresa mucho más que la claridad que vence la oscuridad: nos habla de aquel que revela al Padre y nos ofrece la posibilidad de vivir en comunión con Dios.

La luz de Cristo nos permite reconocer el amor de Dios y orientar nuestra vida hacia la verdad. Su venida no significa que desaparezcan inmediatamente el sufrimiento, el pecado o las dificultades, pero sí anuncia que el mal y la oscuridad no tienen la última palabra.

Por eso, la alegría de Navidad nace de una certeza profunda: Dios ha venido a nuestro encuentro y, en su Hijo, nos ofrece una vida nueva.

EN NUESTRA VIDA

Las luces de Navidad adquieren un sentido más profundo cuando nos recuerdan nuestra vocación de reflejar la luz de Cristo. Una visita a quien está solo, una palabra de consuelo, una mesa compartida o un gesto de reconciliación pueden hacer visible su amor en nuestra vida cotidiana.

¿De qué manera podemos llevar la luz de Cristo a quienes atraviesan momentos de oscuridad, tristeza o soledad?

Los pastores: reconocer a Dios en lo cotidiano.

Los pastores son los primeros destinatarios del anuncio del nacimiento de Jesús. Mientras realizan su trabajo durante la noche, reciben una noticia extraordinaria. El Evangelio nos muestra que Dios sale al encuentro de las personas en medio de su vida cotidiana y que la alegría de la salvación está destinada a todo el pueblo.

Al escuchar el anuncio del ángel, los pastores se ponen en camino hacia Belén para conocer al Salvador. Su respuesta sencilla y confiada nos enseña que el encuentro con Jesús comienza con un corazón dispuesto a escuchar y acoger la Buena Noticia. Después de verlo, regresan glorificando y alabando a Dios por todo lo que han vivido (cf. Lc 2,15-20).

Los pastores nos recuerdan que la fe no se guarda solamente para uno mismo, sino que está llamada a ser compartida. Aquellos hombres sencillos, que habían recibido con alegría el anuncio del Salvador, se convierten en testigos de su nacimiento. Su experiencia nos invita a reconocer la presencia de Dios en nuestra vida y a transmitir esa alegría a quienes nos rodean.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,11).

San Lucas relata que los pastores estaban cuidando sus rebaños cuando un ángel les anunció el nacimiento del Salvador (cf. Lc 2,8-20). El mensaje comienza con una invitación a no tener miedo y a acoger una gran alegría.

Los pastores escuchan el anuncio y deciden ponerse en camino hacia Belén. Allí encuentran a María, a José y al Niño acostado en el pesebre, tal como les había sido anunciado.

Pero su experiencia no termina con el encuentro. Después de ver al Niño, dan a conocer lo que han escuchado acerca de él y regresan glorificando y alabando a Dios.

Su respuesta nos muestra un verdadero camino de fe: escuchar la Palabra, ponerse en movimiento, reconocer la presencia del Señor y compartir con otros la alegría de haberlo encontrado.

EN NUESTRA VIDA

Dios también sale a nuestro encuentro en medio del trabajo, las tareas domésticas, las responsabilidades familiares y el cuidado de los demás.

Como los pastores, estamos invitados a prestar atención a su Palabra, reconocer su presencia en lo cotidiano y compartir con sencillez la alegría del Evangelio.

¿Cómo podemos reconocer la presencia de Dios en nuestra vida cotidiana y compartir con otros la alegría de haberlo encontrado?

Los ángeles: una alegría que anuncia la paz.

El anuncio de los ángeles en la noche de Navidad une la gloria de Dios con la paz ofrecida a la humanidad. Su alabanza expresa la alegría por el nacimiento del Salvador y nos recuerda que la verdadera paz nace de la reconciliación con Dios.

La Iglesia recoge las primeras palabras de este anuncio en el himno del Gloria, que cantamos o recitamos en la celebración eucarística. Así, la alegría proclamada en Belén continúa expresándose en la oración de la comunidad cristiana.

La paz anunciada por los ángeles es un don de Dios que estamos llamados a acoger y compartir. No significa solamente la ausencia de conflictos, sino también aprender a vivir en fraternidad, cultivar el perdón y construir relaciones marcadas por el respeto y el amor.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz» (cf. Lc 2,14).

San Lucas relata que, después del anuncio del nacimiento de Jesús a los pastores, apareció una multitud del ejército celestial que alababa a Dios (cf. Lc 2,13-14).

Esta alabanza proclama que la gloria de Dios se manifiesta en la llegada del Salvador y que su nacimiento trae una promesa de paz. No se trata solamente de la ausencia de conflictos, sino de una paz que nace de la comunión con Dios y nos llama a vivir como hermanos.

Las palabras iniciales de este anuncio dan comienzo al Gloria, antiguo himno de alabanza de la Iglesia. Al cantarlo o recitarlo, glorificamos al Padre y reconocemos a Jesucristo como Señor y Cordero de Dios.

Durante los domingos de Adviento se omite el Gloria, salvo que corresponda por alguna celebración particular. En Navidad vuelve a resonar con especial alegría, expresando el gozo de la Iglesia por el nacimiento del Salvador.

EN NUESTRA VIDA

La paz anunciada por los ángeles nos invita a construir relaciones marcadas por el respeto, el perdón y la fraternidad. Podemos hacerla presente evitando palabras que hieren, buscando comprender a los demás y acogiendo a quienes viven situaciones de soledad o exclusión.

¿Qué gesto concreto de reconciliación o acogida podemos realizar para que la paz de Cristo se haga presente en nuestro entorno?

La Sagrada Familia: Dios habita la vida de cada día.

La familia de Nazaret no estuvo ajena a las dificultades, incertidumbres y sufrimientos. María, José y Jesús compartieron una vida familiar marcada por el cuidado mutuo y también por situaciones que exigieron confianza y valentía.

Al contemplar a la Sagrada Familia, descubrimos que la santidad no consiste en vivir sin problemas, sino en aprender a amar, cuidar y permanecer fieles a Dios en medio de las circunstancias de cada día.

La vida de Nazaret nos recuerda que Dios también se hace presente en lo cotidiano: en el trabajo, en las responsabilidades compartidas, en los pequeños gestos de cariño y en la preocupación por los demás. Allí donde se cultivan la paciencia, el respeto y la acogida, el amor de Dios puede crecer y dar fruto.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto» (cf. Mt 2,14).

San Mateo relata que José, advertido en sueños del peligro que amenazaba al Niño, se levantó y partió con María y Jesús hacia Egipto (cf. Mt 2,13-15).

La Sagrada Familia experimentó así la necesidad de abandonar su tierra para proteger la vida de Jesús. Este episodio nos presenta una fe que se expresa en decisiones concretas, incluso cuando el futuro es incierto.

San Lucas, por su parte, nos muestra a Jesús creciendo en Nazaret, acompañado por María y José. Después del episodio de Jesús en el Templo, el evangelista señala que regresó con ellos y vivía sujeto a su autoridad, mientras crecía en sabiduría, edad y gracia (cf. Lc 2,41-52).

Estos relatos nos ayudan a contemplar cómo el Hijo de Dios compartió la experiencia de una familia humana. En Nazaret, el amor se expresó mediante la escucha, el cuidado, la responsabilidad y la fidelidad cotidiana.

EN NUESTRA VIDA

Nuestras familias tienen historias y realidades diversas. Algunas atraviesan momentos de alegría; otras viven preocupaciones, separaciones, enfermedades o pérdidas.

La Sagrada Familia nos invita a mirar estas experiencias con comprensión, sin idealizaciones ni juicios, y a descubrir que el amor de Dios puede hacerse presente en cada una de ellas. Cuidarnos, escucharnos, acompañar a quienes llevan cargas pesadas y cultivar la ternura en los pequeños gestos son maneras concretas de vivir el amor que contemplamos en Nazaret.

¿Cómo podemos hacer de nuestros hogares y comunidades espacios donde cada persona se sienta amada, acompañada y cuidada?

Una luz para todos los pueblos.

La Epifanía celebra la manifestación de Jesucristo como Salvador de toda la humanidad. El Niño nacido en Belén no viene solamente para un pueblo, sino que su presencia abre a todas las naciones la posibilidad de participar de la promesa de Dios.

A LA LUZ DE LA PALABRA

«¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz!» (Is 60,1).

El profeta Isaías anuncia una luz que atrae a los pueblos hacia Jerusalén (cf. Is 60,1-6). Esta imagen de esperanza encuentra un nuevo sentido en la manifestación de Cristo, cuya salvación está destinada a toda la humanidad.
San Pablo profundiza en este misterio al afirmar que, por el Evangelio, los pueblos paganos han sido llamados a compartir la misma herencia y a participar de la promesa de Dios en Jesucristo (cf. Ef 3,2-6).

En el Evangelio de san Mateo, los magos que llegan de Oriente representan esa apertura universal de la salvación. Su presencia ante el Niño nos recuerda que nadie queda excluido de la invitación a encontrarse con Cristo.

EN NUESTRA VIDA

La Epifanía nos invita a reconocer que el amor de Dios no conoce fronteras. Nuestras comunidades están llamadas a ser lugares de encuentro, donde las diferencias de origen, cultura o condición no se conviertan en barreras, sino en oportunidades para vivir la fraternidad.

¿Cómo podemos hacer de nuestras comunidades espacios más abiertos y acogedores para quienes buscan encontrarse con Cristo?

La estrella: una luz que orienta

La estrella ocupa un lugar especial en el relato de los magos. Su misión no es atraer la atención hacia sí misma, sino señalar el camino que conduce a Jesús. Por eso, en la tradición cristiana se ha convertido en un signo de orientación y esperanza para quienes buscan a Dios.

Los magos, al descubrir la estrella, se ponen en camino sin conocer completamente lo que encontrarán. Su búsqueda expresa el deseo profundo de encontrarse con aquel que ha nacido. La estrella los acompaña y los guía hasta el lugar donde está el Niño, recordándonos que la fe es también un camino de búsqueda, confianza y apertura a las señales de Dios.

Al llegar a Belén, los magos experimentan una gran alegría al encontrar al Niño junto a María, su madre (cf. Mt 2,10-11). La estrella ha cumplido su misión: conducirlos al encuentro con Jesús. Así, este signo nos recuerda que el verdadero sentido de nuestra búsqueda no está solamente en recorrer un camino, sino en descubrir y acoger a Cristo, que viene al encuentro de toda la humanidad.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«La estrella que habían visto en Oriente los precedía, hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño» (cf. Mt 2,9).

San Mateo relata que los magos, después de preguntar por el rey de los judíos que acababa de nacer, continuaron su camino guiados por la estrella. Al verla nuevamente, experimentaron una inmensa alegría (cf. Mt 2,10).

Sin embargo, su búsqueda no se apoya solamente en la estrella. En Jerusalén, las Escrituras les permiten conocer que el Mesías debía nacer en Belén (cf. Mt 2,4-6). Así, el relato nos muestra una búsqueda que encuentra orientación en los signos y en la Palabra de Dios.

La estrella no es el destino del camino: conduce al encuentro con Jesús, ante quien los magos se postran para adorarlo.

EN NUESTRA VIDA

También nosotros necesitamos orientación en nuestro camino de fe. Dios puede ayudarnos a descubrir su presencia mediante su Palabra, el testimonio de otras personas y las experiencias que nos invitan a buscarlo con mayor profundidad.

A su vez, podemos convertirnos en una luz discreta para quienes necesitan acompañamiento, escuchando sus preguntas y ayudándolos a acercarse a Cristo.

¿De qué manera podemos acompañar a otros en su búsqueda de Dios, sin dejar de señalar a Cristo como el centro de nuestra fe?

Los magos: buscar, encontrar y adorar.

Los magos representan a quienes se ponen en camino movidos por el deseo de encontrar al Salvador. Su historia nos recuerda que la fe implica búsqueda, disponibilidad y apertura a lo inesperado.

El Evangelio no señala cuántos eran, no menciona sus nombres ni los presenta como reyes. Estos elementos pertenecen a la tradición cristiana posterior, que ha enriquecido la representación de la Epifanía.

Al encontrar al Niño junto a María, su madre, los magos se postran y lo adoran, reconociendo en Él a alguien digno de recibir su homenaje (cf. Mt 2,11). Este gesto nos recuerda que el encuentro con Jesús nos invita a reconocer su presencia con humildad y a abrir el corazón para acogerlo como el Salvador.

La presencia de los magos, llegados de Oriente, nos ayuda a comprender que la salvación ofrecida por Dios no está reservada a un solo pueblo, sino que está destinada a toda la humanidad. En la Epifanía celebramos precisamente esta manifestación de Cristo a todos los pueblos, llamados a participar de la misma promesa de salvación (cf. Ef 3,5-6).



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Entraron en la casa; vieron al niño con María, su madre y, postrándose, lo adoraron» (Mt 2,11).

San Mateo nos presenta a unos hombres que llegan desde Oriente buscando al rey de los judíos. Su camino contrasta con la actitud de Herodes, quien recibe la noticia del nacimiento de Jesús como una amenaza (cf. Mt 2,1-8).

Mientras Herodes busca proteger su poder, los magos se dejan conducir hacia el encuentro con el Niño. Cuando finalmente lo encuentran, se postran y lo adoran, reconociendo en él una grandeza que no se manifiesta según los criterios humanos.

El relato concluye señalando que regresaron a su tierra por otro camino, después de haber sido advertidos en sueños (cf. Mt 2,12). Esta decisión muestra su disposición a escuchar y responder a la orientación recibida.

EN NUESTRA VIDA

La experiencia de los magos nos invita a vivir una fe que no se conforma con lo conocido. Buscar a Cristo puede exigirnos revisar nuestras certezas, escuchar con humildad y abrirnos a caminos nuevos.

El encuentro con Jesús también nos llama a tomar decisiones que expresen nuestra fidelidad al Evangelio.

¿Qué necesitamos dejar atrás o cambiar en nuestra vida para seguir con mayor libertad el camino que nos conduce a Cristo?

Oro, incienso y mirra: reconocer al Salvador

Los dones que los magos ofrecen al Niño ocupan un lugar significativo en la tradición cristiana. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha reconocido en ellos una expresión de la identidad y la misión de Jesús: el oro recuerda su realeza, el incienso su divinidad y la mirra su humanidad, que llegará hasta la entrega de su vida por nuestra salvación.

Esta interpretación pertenece a la tradición cristiana, pues el Evangelio de Mateo menciona los dones, pero no explica expresamente su significado.

Al contemplar estos dones, también nosotros somos invitados a preguntarnos qué podemos ofrecer al Señor. Más allá de los bienes materiales, podemos presentarle nuestra vida, nuestras alegrías y dificultades, nuestros esfuerzos por amar y servir a los demás. Así, la ofrenda de los magos nos recuerda que el encuentro con Cristo nos mueve a responder con generosidad y a poner nuestra vida en sus manos.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Abriendo sus cofres, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra» (Mt 2,11).

Después de encontrar al Niño y adorarlo, los magos le presentan sus dones. Su gesto expresa reconocimiento y homenaje a aquel a quien han venido buscando desde lejos.

El oro, asociado a la dignidad real, nos invita a reconocer a Jesús como Rey. El incienso, utilizado en el culto, recuerda la adoración que corresponde a Dios. La mirra, sustancia aromática empleada también en la preparación de los cuerpos para la sepultura, permite contemplar anticipadamente el misterio de la pasión y muerte de Cristo (cf. Jn 19,39).

Así, estos dones nos ayudan a reconocer que el Niño de Belén es el Hijo de Dios, verdadero hombre, que ha venido a entregar su vida por la salvación del mundo.

EN NUESTRA VIDA

Los magos nos recuerdan que el encuentro con Cristo también despierta el deseo de ofrecer. No se trata solamente de bienes materiales, sino de poner a su disposición nuestra vida, nuestro tiempo y nuestros talentos.

La oración, la generosidad y el servicio a quienes más necesitan cuidado pueden convertirse en expresiones concretas de nuestra ofrenda al Señor.

¿Qué podemos ofrecer hoy a Jesús, desde nuestra propia vida, como expresión de amor y gratitud?

El Bautismo del Señor: el Hijo Amado

La fiesta del Bautismo del Señor cierra el tiempo litúrgico de Navidad. Después de contemplar su nacimiento y su manifestación a los pueblos, la Iglesia nos invita a reconocer a Jesús como el Hijo amado del Padre, sobre quien desciende el Espíritu Santo.

En las aguas del Jordán, Jesús se une a quienes acudían a Juan el Bautista, manifestando su cercanía y solidaridad con la humanidad. Este acontecimiento marca también el comienzo de su vida pública y nos invita a recordar la gracia de nuestro propio Bautismo.

Al contemplar el Bautismo de Jesús, recordamos que también nosotros, por el Bautismo, hemos sido incorporados a Cristo y llamados a vivir como hijos de Dios. Este don nos invita a renovar cada día nuestra fe, dejarnos guiar por el Espíritu Santo y dar testimonio del amor de Dios mediante nuestras palabras y acciones.



A LA LUZ DE LA PALABRA

«Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección» (Mt 3,17).

San Mateo relata que Jesús llega al Jordán para recibir el bautismo de Juan. Aunque Juan se resiste inicialmente, Jesús le pide que lo permita, porque así conviene cumplir todo lo que Dios ha dispuesto (cf. Mt 3,13-15).

Jesús, que no tiene pecado, no necesita un bautismo de conversión. Sin embargo, al recibirlo, se acerca a la humanidad necesitada de salvación y manifiesta su disposición a cumplir la voluntad del Padre.

Al salir del agua, los cielos se abren, el Espíritu de Dios desciende sobre Él en forma de paloma y se escucha la voz del Padre que lo reconoce como su Hijo amado (cf. Mt 3,16-17).

En esta escena se manifiesta el misterio trinitario: el Padre habla, el Hijo recibe el bautismo y el Espíritu Santo desciende sobre él. La Iglesia contempla en este acontecimiento la manifestación de la identidad de Jesús y el inicio de su misión salvadora.

EN NUESTRA VIDA

El Bautismo del Señor nos invita a renovar la conciencia de nuestra propia identidad bautismal. Por el Bautismo cristiano hemos sido incorporados a Cristo, hechos hijos de Dios y miembros de la Iglesia, llamados a vivir una vida nueva en el Espíritu.

Esta gracia no queda limitada al día en que recibimos el sacramento: estamos invitados a expresarla cotidianamente mediante la fe, la fraternidad, el servicio y el compromiso con el Evangelio.

¿Cómo estamos viviendo nuestra condición de hijos de Dios y nuestro compromiso bautismal en la familia, la comunidad y la sociedad?

PARA NUESTRAS CELEBRACIONES

La fiesta del Bautismo del Señor marca el término del tiempo litúrgico de Navidad. En 2027 se celebra el domingo 10 de enero y, al día siguiente, comienza el Tiempo Ordinario.

Por ello, es recomendable mantener el pesebre en nuestros templos hasta la celebración del Bautismo del Señor, acompañando así todo el tiempo navideño. En algunas comunidades existe la tradición de conservarlo hasta el 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor. Esta costumbre pertenece a la piedad popular y no modifica el calendario litúrgico de la Iglesia.



Preparar la liturgia es un servicio a la fe de todo el pueblo de Dios. La mejor celebración no es la que acumula más actividades, sino aquella en la que los signos, la Palabra, el canto y el silencio ayudan a reconocer la presencia del Señor.

Cuidar lo esencial
El altar, el ambón y la sede deben conservar su dignidad y visibilidad. La corona y el pesebre pueden acompañar la oración, pero no ocupar el altar ni reemplazar los signos y ritos propios de la Eucaristía.

Respetar el ritmo del año litúrgico
La sobriedad del Adviento prepara la alegría de la Navidad. Las flores y la música se disponen según el carácter de cada tiempo, evitando que todo se vuelva Navidad antes de celebrarla.

Acoger a toda la asamblea
El coro, los lectores y los demás ministros están al servicio de una comunidad que se reúne para celebrar su fe. Por eso, es importante cuidar la acogida y favorecer la participación de todos, prestando especial atención a los niños, las personas mayores, las personas con discapacidad y quienes se acercan nuevamente a la vida de la Iglesia después de mucho tiempo.

Cada gesto, cada palabra y cada momento de silencio deben ayudarnos a entrar en el misterio que celebramos y a reconocer la presencia del Señor en medio de su pueblo.

Que nuestras celebraciones sean sencillas y hermosas, fieles al sentido de la liturgia y profundamente pastorales; que nos ayuden a escuchar la Palabra, a contemplar el misterio de Cristo y a vivir la comunión como hermanos.

Que aquello que celebramos en el altar se prolongue en nuestra vida cotidiana, expresándose en gestos concretos de fraternidad, misericordia y servicio.
Porque cuando la liturgia se celebra con fe, belleza y amor, la comunidad no solo contempla el misterio de Cristo, sino que también aprende a vivir de Él y a dar testimonio de su presencia en el mundo.

Vincular la fe con la vida

La esperanza del Adviento puede traducirse en una visita a alguien que está solo; la Navidad, en una mesa abierta y una reconciliación; la Epifanía, en una comunidad que acoge a personas de diversas procedencias.

Para conversar en el equipo

• ¿Qué signo ayuda hoy a nuestra comunidad a encontrarse con Cristo?
• ¿Qué podemos simplificar para que la Palabra, el silencio y la oració tengan más espacio?

Que nuestra vida sea alabanza

Señor Jesús, tú vienes a nuestro encuentro y compartes nuestra humanidad. Enséñanos a esperar con confianza, como Isaías; a preparar tus caminos, como Juan; y a acogerte con fe, como María y José.

Que sepamos reconocerte en la sencillez de Belén, escucharte en tu Palabra y encontrarte en nuestros hermanos, especialmente en quienes más necesitan nuestra cercanía.

Haz de nuestras comunidades lugares de oración, acogida y fraternidad. Que los signos, los gestos y los cantos de nuestras celebraciones nos ayuden a participar más profundamente en tu misterio y que nuestra vida cotidiana sea también expresión de alabanza y servicio.

Tú que eres la luz y el Salvador del mundo, acompáñanos siempre.

Amén.



FUENTES PARA PROFUNDIZAR

• Sagrada Escritura: lecturas propias de Adviento, Navidad y Epifanía, según los leccionarios aprobados.
• Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, nn. 7, 14, 30, 33 y 112.
• Ordenación General del Misal Romano, nn. 39-41, 53, 61, 86, 305, 313 y 346.
• Normas universales sobre el año litúrgico y el calendario, nn. 32-42.
• Congregación para el Culto Divino, Directorio sobre la piedad popular y la liturgia, nn. 98 y 104-109.
• Francisco, Admirabile signum (2019).
• Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 456-460 y 525-537.



RRSS y Contacto

Te invitamos a conocer nuestras iniciativas, recursos formativos y actividades a través de nuestras redes sociales y canales oficiales. Caminemos juntos, celebrando la fe y renovando la esperanza.

Instagram

@evangelizacionsantiago

Facebook

Delegación para la Evangelización

Web

www.liturgiayespiritualidad.cl

YouTube

Liturgia y Espiritualidad

ARZOBISPADO DE SANTIAGO
EVANGELIZACIÓN